

APOSTAR por Tarradellas es como apostar por un caballo muerto".

Así se sentenciaba a Tarradellas en algunos círculos políticos catalanes hace no muchos meses. Habría que oír ahora las mismas o parecidas bocas. En el transcurso del cóctel en honor de los senadores de la "antessa dels catalans" tuve ocasión de oír muchas veces que donde se había dicho Diego se decía digo. El metro noventa de presidente de la Generalitat se asomaba desde Madrid con las manos llenas de enigmas y rodeado de la expectación de todo el país. ¿Qué misteriosos caminos han llevado a Tarradellas desde St. Martin le Beau a los palacios de la Moncloa y la Zarzuela? Las conjeturas se hacen "a posteriori". Para los que más abiertamente jugaron la baza tarradellista, el paso de St. Martin a las puertas de la Generalitat se hubiera podido dar hace varios meses si los partidos catalanes no hubieran jugado la carta de negociar a nivel de Estado (la comisión de los nueve) desoyendo los consejos de Tarradellas. Para los más tradicionalmente antitarradellistas, el "honorable" presidente con su marcha sobre Madrid no ha hecho otra cosa que dar la razón a los que defendían que la solución del problema catalán pasa por una negociación a nivel estatal.

Hay explicaciones tácticas y estratégicas para todos los gustos. Sobre el asunto aún no puede hacerse ni historia, ni ciencia, ni teoría. Pero especulación e ideología, las que quieran. Los hay que ven la jugada como un solitario del presidente más o menos apoyado en contactos personales de la capital. Los hay que explican el relanzamiento del "honorable" como una jugada maestra de la Unión del Centro Democrático en Catalunya para capitalizar el éxito del retorno de la Generalitat. El señor Sentís apareció junto a Tarradellas en la primera audiencia de la Moncloa y Jiménez de Parga dijo en Barcelona: "Ha sido un éxito nuestro". La jugada del Gobierno no terminaría en apuntarse el tanto del retorno de la Generalitat o de cierta Generalitat, sino que la jugada tendría su carambola. Dando una solución medianamente satisfactoria al problema catalán el Gobierno no sólo apuntala electoralmente a la UCD en Catalunya, sino que además ofrece el ejemplo catalán a los vascos para decirles: "¿Veis? En Catalunya se ha conseguido casi todo lo que se pedía por la vía de la negociación". Sería un jaque moral a la ETA aprovechando el indudable desconcierto creado en Euzkadi tras la muerte de Ybarra. Por otra parte el Gobierno trataría de ser una vez más fiel a su táctica habitual de tomar la iniciativa y arrebatar las reivindicaciones al antagonista, aunque sea rebajándolas. La correlación de fuerzas políticas en Catalunya es escandalosamente favorable a la autonomía y a las fuerzas de la izquierda moderada. Este



El "president", entre Reventós y Felipe González.

Vuelve la Generalitat

Tarradellas: la resurrección del viejo caballo

M. VAZQUEZ MONTALBAN

resultado político debe ser asumido por Madrid y tratarían de hacerlo por el camino más corto a su alcance: la constitución de una Generalitat provisional a ratificar por las futuras Cortes.

Tarradellas reúne el legitimismo histórico con el aval político de fuerzas tan radicalmente opuestas como la extrema izquierda catalana y la Esquerza Republicana de Heribert Barrera. Hasta antes de su ida a Madrid era generalmente indiscutido como símbolo de la Generalitat, pero tanto socialistas como pujolistas y comunistas le discutían el protagonismo político en concreto. La recientemente celebrada Asamblea de Parlamentaris tomó el acuerdo de reclamar su inmediato regreso mediante una fórmula semántica sumamente pintoresca, no como "presidente de la Asamblea de Parlamentaris", sino "para presidir las reuniones de la Asamblea de Parlamentaris". El "president" ha demostrado que no sólo quiere estar en la primera fila del concier-

to, sino que incluso conserva la batuta histórica para tratar de dirigirlo. Los que conocen su trayectoria de superviviente no se han extrañado. Nació en 1899 y en los años veinte ya estaba junto a Maclá. En 1931 era su secretario e hijo político predilecto, aunque Maclá solía comentar que Tarradellas tenía tantas dotes de mando que difícilmente dejaba mandar al mismísimo presidente de la Generalitat. Hombre de carácter, Tarradellas pertenecía a la izquierda de la Esquerza y se marchó del partido junto con el grupo de intelectuales de L'Opinió en 1933. Se abstuvo de participar en los hechos de octubre de 1934. "Aquello fue un grave error político", me dijo en cierta ocasión y lo ha repetido una y otra vez a quien ha querido escucharle. Cuando estalla el Alzamiento se pone incondicionalmente a las órdenes de Companys y ocupa la "Conselleria" (equivalente a Ministerio) de Gobernación de la Generalitat. Meses después ya era jefe de Gobierno y

conservó el cargo hasta el último minuto de la retirada. Luego un largo exilio por Europa y América hasta ser elegido en 1954 nuevo presidente de la Generalitat sin demasiadas discusiones, apenas se insinuaron los nombres de Pau Casals y de Batista i Roca como alternativas. Tarradellas vivió desde entonces en St. Martin le Deau, una propiedad agrícola, fundamentalmente vitivinícola, heredada de sus padres, próxima a Tous. Allí vivió cuidando y vigilando todo lo que quedaba de la Generalitat: un archivo que permaneció enterrado durante la ocupación alemana y el alma profunda de una entidad arraigada en el corazón de todos los catalanes.

Desde allí incidió en la vida política del interior y el exterior mediante una sorprendente correspondencia que algún día hará las delicias de eruditos, políticos y público en general. Entre la agudeza y la dureza, casi todo el tono de esa correspondencia debe juzgarse

considerando el difícil papel de un hombre cargado de poder simbólico-trágico y, sin embargo, con las manos vacías de poder factual. Los partidos políticos catalanes del centro fueron a buscarle para contrarrestar con su árbitraje la hegemonía de la Asamblea de Catalunya como arma movilizadora de los partidos de izquierda. Fue imposible instrumentalizar a Tarradellas. El presidente tenía sus propios "puntos de vista" y al cabo de casi dos años de aquel reencuentro podemos hacer el balance de que ante todo ha sabido imponer la necesidad de sí mismo. Político empírico, ha podido llevar a sus interlocutores hasta el borde de la crispación, pero siempre ha procurado "no romper". Creo sinceramente que esa es la base de su método: llevar al antagonista al borde de un abismo al que previamente le ha puesto barandas.

Ignoro si habrá aplicado su método durante las negociaciones madrileñas. Tarradellas es un jugador de fondo de pista de tenis y Suárez un tenista de fortuna, un tenista que juega sobre la red. Tarradellas tiene psicología de jugador de "manilla", el más popular juego de cartas de las tabernas de Catalunya. Suárez es un jugador de póker convencido de su buena estrella. Ambos bandos sabían lo que querían y uno de ellos, el de Suárez, lo que el otro podía obtener. Tarradellas quiere despedirse de la Historia bajando del Sinal y entregando a su pueblo las nuevas tablas de la ley. Suárez quiere instrumentalizar el retorno de "cierta Generalitat" en provecho de la estabilidad política presente y futura. Suárez sabe que Catalunya es un polvorín si sumamos los factores políticos del triunfo electoral de las izquierdas nacionalistas y los factores socioeconómicos de la crisis latente. Entre aquel Suárez que hace un año debutaba mediante unas desastrosas declaraciones sobre el carácter no científico de la lengua catalana y éste que se presenta como el co-

restaurador de "cierta Generalitat", media un año de aprendizaje político y de enfebrecida racha de victorias de póker político, muchas veces jugando al farol.

De la declaración gubernamental se desprende que antes de un mes Catalunya tendrá algo que se parecerá a una Generalitat provisional y que las próximas Cortes aprobarán un estatuto catalán. Tarradellas se ha asegurado de esa aprobación en su visita a los Carrillo, González e incluso Fraga. Además iba acompañado o bien de Sentís o bien de Reventós o bien de López Raimundo, en una clara demostración de que el "honorable" presidente sabe con quién juega y lo que se juega. Un diputado catalán, comunista por más señas, se quedó algo mosca cuando Tarradellas le dijo: "Lo importante es ser diputado, no ministro". El diputado catalán lo interpreta como una alusión a que el primer Gobierno de la Generalitat no contará con comunistas.

A lo mejor es que se pasa de suspicaz. A lo peor es que se teme un pacto entre éste, aquél y Tarradellas de cara a "extrañar" a los comunistas catalanes. En cualquier caso, este pastel empieza a repartirse antes de destaparse. Los periódicos de Catalunya han lanzado las campanas al vuelo dando por buena la Generalitat, sea la que sea, venga de donde venga. Son letras mayores y hay que esperar la letra pequeña para saber qué se ha cocido en la trastienda de la madrileña operación Tarradellas.

"Hasta pronto, hasta muy pronto", dijo Tarradellas a los catalanes a través de las cámaras de Televisión. Aquí se le espera como el presidente de la Generalitat histórica y no como presidente de la Generalitat entre comillas. Hombre fiel al pasado de su pueblo y a su propio pasado y presente, Tarradellas sabe lo que se hace. Suárez, también.

Ahora es cuestión de que nos enteremos nosotros. ■



Hombre fiel al pasado de su pueblo y a su propio pasado y presente, Tarradellas —aquí entre Martín Villa y Sentís— sabe lo que se hace.

La Capilla Sixtina

LA QUE ARMO DON JOSEP

A este hombre casi nadie le conocía en Madrid y durante los días de su estancia un poco más y le quita la plaza de alcalde a Arespacochaga. La que ha armado el "honorable Tarradellas". Lizaiola, el Tarradellas vasco, o viceversa, que tanto monta monta tanto, ha hecho un comentario suculento: "Conociendo a Tarradellas no me extraña la que ha armado". Con su metro noventa de estatura y sus casi ochenta años de vida, Tarradellas ha pisado la capital del Estado como San Pedro pisa los cielos; es decir, como Pedro por su casa. Allí el cronista de Catalunya con su versión política del acontecimiento. Yo quiero mi óptica madrileña y dejar constancia de que para empezar se podían oír diálogos así:

—Oye, pero si es casi tan alto como el Rey.

—Es que Cataluña es Europa.

—Y además es republicano.

—Durante la República se crecía más.

Los madrileños han cotemplado boquiabiertos el espectáculo de Tarradellas recibido y recibiendo. Recibido por las más altas instancias y recibiendo a importantes prebostes de la política actual. Por lo que sé y me cuentan, Tarradellas pertenece a la escuela política del período de entreguerras, aquella raza de políticos que cifraban su máxima ilusión en ser entrevistados alguna vez por Emil Ludwig, el Oriana Fallaci de los años veinte y treinta. Eran políticos empíricos, con un entrenamiento de campeones de los superpesados, rodeados día y noche por "sparrings" de puños voraces. Así se explica cómo encajan los angellitos. No tienen hígado. En su lugar hay un pozo de natillas. Han recibido palos históricos de troche y moche y ellos sin inmutarse.

—De la raza de Churchill, Prieto, Roosevelt... Ya no quedan políticos de enjundia, capaces de recitar una norma programática con el mismo estilo que Enrique Borrás o Ricardo Calvo. Ahora se lleva el peso medio o ligero o superligero como mucho.

—Fraga debe ser un peso pesado.

—Me refiero a otra unidad métrica. Tarradellas es uno de los últimos dinosaurios de la Segunda República y ha conservado una potencialidad política misteriosa. Vamos a ver. Dime tú quién da beligerancia a políticos tan notables como Maldonado o Valera o Sánchez Albornoz, dime tú. En cambio Tarradellas está en el centro de una operación política tan vital como la solución autonomista para Catalunya. Y ahora está ahí porque se ha metido a codazos. No vayas a creer.

—Yo no voy a creer nada. A mí todo esto me suena a mezcla de James Bond y reformismo barato. Le fletan un avión al individuo para que venga a resolver lo del estatuto, ¿no te jode?

—Encarna, un respeto.

—O dos. Por respetos no quedará. Pero no me negará que la cosa tiene guasa. Hace pocos meses, reivindicar a Tarradellas era casi tan rupturista como enviar un misil con cabeza atómica a la Moncloa y ahora, un poco más y le reciben al Tarradellas ese con las salvas de ordenanza.

—Creo recordar que en cierta ocasión Tarradellas dijo que volvería a Catalunya cuando los guardias le saludaran en posición de firmes.

—Eso está hecho.

—¿Qué dice la gente de la calle?

—Pues mucho cachondeo. Que si se van a llevar la capital del Estado a San Felu de Guijols.

—Guixols.

—Que si antes no entendían nada ahora aún entienden menos. Lo normal. Sin aspavientos. La gente sigue enterándose día a día y se orienta. De momento ya sabemos dónde está el Norte y el Este. Y un día de estos vamos a enterarnos de dónde está lo que falta. ■

SIXTO CAMARA